

Un giro copernicano en la obra de Bengochea

(Galería Arte Nuevo/1984)

Otro punto de partida. Esta vez el mundo pático, el mundo de los sentimientos.

Raras veces un pintor abandona las búsquedas circunstanciales, que llenan de anécdotas acertadas y felices su arte consagrado, para entregarse a un cambio incierto.

Pocas, deja de lado las recetas plásticas que le dan singularidad, para seguir el camino de su nueva intuición, y movido por un imperativo, se planta desnudo y desafiante ante sí mismo, para encontrar una nueva respuesta plástica. Si esta nueva obra logra superar los planteos anteriores, y el pintor entra en los encuentros y desencuentros de lo que hace, en los embrujos y sortilegios de su nueva pintura, percibiendo a cada cuadro como algo buscado, y encontrado por él mismo, puede decirse de él, que más que un pintor, es un artista. He aquí lo que vemos en la muestra. Bengochea deja atrás conceptualizaciones plásticas de raigambre racionalista y sociológica, una manera válida de pensar y pintar, para buscar otra, la expresión de sus sentimientos. Nos muestra este realismo tan expresivo, tan particular. Utiliza la composición escolástica, sin dejar ni mezquinar nada, para manifestarse con toda la intensidad que su espíritu le demanda. Lo trasunta tanto en los retratos de su madre, retratos tan llenos de dulzura e ingenua bondad, como en los macizos y trágicos bodegones, los retratos de su mujer, o las figuras de su modelo, todos ellos, tienen el compromiso profundo de sus sentimientos tan expresivos.

Su plástica se singulariza por el uso del claro-oscuro, el tratamiento de la materia y el uso del color, sin pasar por alto el rigor de su dibujo tan realista. Dibujo, color, materia, luz y sombra, le dan clima de raigambre ibérica -tal vez solanesca- al conjunto. Las naturalezas muertas, son de una intensa dramaticidad. Los elementos que la componen, tan robustamente bien colocados, juegan con los rojos de cadmio oscuros, los violetas, los azules profundos, los verdes cromo, y los ocre bien iluminados, en un excelente juego de luz.

La majestad más alta, está en las figuras de su modelo. Ella le ofrece un mundo de angustia y preocupación, que él vierte en sus gestos de intenso dramatismo. La piel vetusta tratada con el amarillo de Nápoles, entre granates y azules de Prusia, y arabescos rígidos parecieran transmitir que la vida se consumen muerte, mientras existe la obligación de posar.

La muestra tan pareja como impactante advierte que el camino ha comenzado, por lo demás; andando que es gerundio.

Mauricio Isaac Neuman